

**EL DISCURSO: ORDEN, TRANSGRESIÓN Y DEGRADACIÓN EN
EL ERMITAÑO DEL RELOJ DE TERESA DE LA PARRA**

**THE SPEECH: ORDER, TRANSGRESSION AND DEGRADATION IN
“EN EL ERMITAÑO DEL RELOJ DE TERESSA DE LA PARR”A**

**Carmen Mayela Évora Rivero
UPEL-IPB**

**Carmen Mayela Évora Rivero
UPEL-IPB**

“...Denomino Discurso de poder
a todo discurso que engendra la falta,
y por lo tanto la culpabilidad,
de aquel que lo recibe”
Roland Barthes

Recibido: 14-03-06

Aprobado: 26-05-06

ABSTRACT

RESUMEN

El presente ensayo intenta demostrar a través de un relato fantástico, *El ermitaño del reloj*, escrito por la autora venezolana Teresa de la Parra, la relación entre el discurso, la realidad, el poder y la degradación como consecuencia de la transgresión al orden establecido por un discurso. Mediante el análisis del contenido del relato y tomando como marco de referencia las teorías propuestas por Foucault (1970) y Van Dijk (1994) se puede evidenciar el poder que ejerce un grupo social mediante el discurso legitimado, en este caso un reglamento escrito, y que dicho discurso establece un determinado orden que se debe seguir “al pie de la letra” y que de no ser así se consigue la degradación del individuo.

This essay attempts to show the relationship between discourse, reality, power and degradation as a consequence of the transgression of the order established in a discourse. The tale to be analyzed is “El Ermitaño del Reloj” written by Venezuelan writer Teresa de la Parra. Through its content analysis, and based on Foucault’s (1970) and Van Dijk’s (1994) Theories, the power of a social groups’s legitimate discourse is proved. This legitimate discourse is a written set of rules which determines an order to be thoroughly followed; otherwise the degradation of the individual occurs.

Key words: Discourse, order, transgression, degradation.

Palabras claves: Discurso, orden, transgresión, degradación.

INTRODUCCIÓN

La conducta del ser humano ha estado dirigida desde tiempos remotos por una serie de normas creadas por el propio grupo social al que pertenece. Dichas normas obedecen a un orden de funcionamiento establecido por jerarquías de poder que se fueron organizando y planteando como realidad desde el mismo momento en que algún individuo hizo uso del lenguaje para darle realidad a esa abstracción llamada orden.

En tal sentido, la transgresión hacia el orden establecido genera un desequilibrio o una afrenta al poder que requiere una sanción. Si tomamos el relato bíblico como antecedente, ante la falta a la norma o al orden constituido, Adán y Eva al desobedecer reciben un castigo: la degradación como individuos, que por romper la norma, van a llevar consigo y transmitir a todos sus descendientes.

El discurso oral o escrito ha sido el instrumento para instituir el orden, según Foucault (1970) la sociedad se encarga de producir y controlar el discurso, de manera tal que puedan funcionar como poder mediante procedimientos. Señala el autor que “el procedimiento más evidente es lo prohibido” (p. 11). La prohibición está directamente vinculada con el poder, la norma busca imponer al hombre la obediencia usando como medio la palabra. Desde la antigüedad se ha construido el discurso para legitimar la existencia de los sujetos y los objetos, así como para marcar o controlar las acciones que deben desarrollar los miembros de un grupo específico.

En este orden de ideas, señala Foucault que mediante el discurso se podía profetizar el porvenir, anunciar y llevar a cabo o cumplir el destino. En coincidencia con esta afirmación, sostiene Van Dijk (1994: 04) que el discurso “es un poder que permite controlar los actos de los demás”. El discurso escrito constituye una evidencia de lo real, es decir, legitima la realidad, lo escrito impone una verdad que bien puede no ser verdadera. Verdad esta capaz de manipular o controlar el pensamiento de los seres humanos.

Las reflexiones anteriores sirven de marco para constatar, en un relato ficticio como *El ermitaño del reloj* de Teresa de la Parra, la relación entre el discurso, la realidad, el poder y la degradación como consecuencia de la transgresión al orden establecido por un discurso.

El ermitaño es un personaje que durante cincuenta años ha seguido al pie de la letra un reglamento escrito en su celda: “Prohibición absoluta a Fray Bernabé de salir, bajo ningún pretexto de la capilla del reloj. Debe estar siempre listo para tocar las horas tanto del día como de la noche” (Obra: 417).

Este reglamento entregado por su superior va a guiar la actividad del fraile, así como también paradójicamente le da cierto poder, que ostenta entre los demás personajes. El discurso le da sentido a la vida del ermitaño, quien obedece a esa norma, aunque en su pensamiento haya querido escapar de la realidad que significaba tocar las horas a diario; la disciplina, considerada por él como fundamental, lo había llevado a creer en la importancia que su ocupación representaba al brindar un beneficio a los demás habitantes de ese mundo ficticio:

...Durante muchos, muchísimos años, Fray Bernabé (este era su nombre) halló en su oficio de campanero tan gran atractivo que ello le bastó para satisfacer su vida; reflexionen ustedes un momento: el pueblo entero del comedor tenía fijos sus ojos en la capillita...(Obra: 415).

El rigor del cumplimiento de su deber le daba ciertos privilegios y hasta poder. Sin embargo, la rutina produce en el personaje hastío y deseos de escaparse, no llegaba a cumplirlos por respetar el reglamento colgado en una pared:

... Pero ay, llegó el día en que tal sentimiento ya no le bastó. Acabó por cansarse de tocar siempre la hora, y se cansó sobre todo de no poder nunca salir. Tirar del cordel de la campana, es hasta cierto punto una especie de función pública que todo el mundo admira. ¿Pero cuánto tiempo dura?... Lo asaltó un día la idea de escaparse. Pero rechazó con horror semejante

tentación relejendo el reglamento inscrito en el interior de la capilla...(Obra: 417).

El discurso, tal como señala Van Dijk, controla su pensamiento y sus acciones y lleva al personaje a una aceptación. Para Foucault “la disciplina es un principio de control de la producción del discurso” (p. 31). El ermitaño aceptó la sumisión al discurso, es un subordinado a la jerarquía y el poder inexistente, pero materializado mediante el cartel que representa la verdad. Esta establece un pacto con la moral y ha construido para el fraile su propia visión de un mundo real; el mundo de Fray Bernabé encerrado en una capilla ojival, cumpliendo con el sagrado deber de tocar las horas. Cualquier falta atentaría contra el orden instituido y por ende tendría un castigo.

La importancia del tiempo como patrón para el desenvolvimiento del hombre es también simbolizado por el reloj y la tarea del fraile. En el relato se parodia al hombre que crea e intenta materializar el tiempo marcado por un mecanismo automático. Fray Bernabé no era necesario para hacer funcionar dicho mecanismo, sin embargo, el personaje asume la importancia o poder que le da el mismo reglamento escrito, éste a su vez lo convierte en un benefactor al recordar el tiempo, a pesar de que este discurso lo ha sumido en la angustia o como diría Weber: ha producido un desencantamiento.

El desencantamiento facilita en nuestro personaje el dejarse seducir por otro discurso, el de la persuasión, representado por otros personajes, un elefante de ébano y la reina de Saba. El elefante llega hasta la puerta de la capilla y con sus palabras lleva a Fray Bernabé a incumplir la norma:

...¡ Pues es claro! Vengo a verlo ha hecho usted tanto bien aquí a todo el mundo que es muy justo el que alguien se le ofrezca para hacerle a su vez algún servicio. Sé además, lo desgraciado, que vive. Vengo a consolarlo...(Obra: 417)

Este discurso de persuasión hace caer al personaje en la tentación, las palabras del elefante, además de halagarlo (así ganar simpatías), pinta un

mundo diferente al del fraile, en el que vive una reina famosa, con grande historias dignas de escuchar. El ermitaño, por primera vez en cincuenta años, desobedece a la orden escrita en el cartel, sale de la capilla del reloj y deja de cumplir su deber. Esta circunstancia cambia por completo la vida apacible del ermitaño, quien, al dejarse llevar por el discurso de la persuasión, ha descubierto la existencia de un mundo diferente al que le había construido el discurso normativo, creándose en él un desencantamiento y viviendo la angustia de no querer faltar, pero se deja llevar de nuevo por el deseo y desobedece otra vez.

La transgresión a la norma lleva al fraile a descubrir la falsedad del poder que creía tener, adjudicado por ser él quien marcaba el tiempo. Se produce la decepción y aún manipulado por el discurso piensa:

- ¡ Por haber faltado a mi deber! ... Debía de antemano haber comprendido que todo esto no era sino una tentación del diablo para hacerme perder los méritos de toda una vida de soledad y de penitencia...” (Obra: 422).

El ermitaño estaba acostumbrado a un discurso que indirectamente advertía que si se incumplía tendría un castigo. Paradójicamente este incumplimiento lo lleva a descubrir la realidad: el reloj funcionaba mecánicamente y la intervención del fraile era inútil.

El reglamento, su vida sumisa, los méritos, el poder que creía tener eran falsos; sólo que el discurso escrito legitimaba su existencia. El darse cuenta el personaje de haber vivido una burla; el no encontrar el falso ideal de la felicidad y el incumplimiento de un deber aparente, llevan al fraile a la degradación, a transgredir una vez más la ley y atenta contra su vida. Aun siendo una farsa, al romper el orden establecido, recibe una sanción, pero desde el discurso internalizado en su propia conciencia.

Mediante el discurso el fraile fue manipulado, burlado, haciéndole creer que era indispensable aunque viviese en una angustia permanente. En tal sentido, sostiene Van Dijk que “existe un control mental a través del discurso” (p. 12). Así, el discurso ejerce un poder sobre las acciones y las

intenciones de los individuos, limitando así la libertad. El ermitaño permaneció limitado ante el reglamento de su celda, hasta que el discurso de la persuasión lo lleva a descubrir la verdad oculta por el mismo discurso.

Teresa de la Parra, mediante la ironía expresada en este relato, intenta desenmascarar la realidad de una sociedad que crea sus leyes, normas o más bien convencionalismos sociales que buscan manipular la conducta de sus miembros en nombre de una verdad que ha pactado con la moral, que sume a los seres humanos en el hastío y los lleva al desencantamiento y ocultan la verdadera realidad tras la falsa apariencia, un simple simulacro. Una crítica al poder, a lo instituido.

REFERENCIAS

- Barthes, R. (1978). Lección Inaugural de la cátedra de semiología del College de France. París. Du Seuil.
- Bravo, V. (1996). Figuraciones del Poder y la Ironía. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana. CDCHT Universidad de Los Andes.
- Foucault, M. (1970). El orden del discurso. Barcelona: Tusquets 1973.
- De la Parra, T. (1982). Obra. Narrativa, Ensayos, cartas. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Van Dijk, T.A. (1994). Análisis Crítico del Discurso. En Cuadernos de la Maestría en Lingüística N° 2. Octubre. Universidad del Valle. Cali Colombia.